



Alessandro Baricco

Novecento.

Un monólogo

Título original: Novecento

Traducción: Xavier González Rovira

digitalizado por vrp

Escribí este texto para un actor, Eugenio Allegri, y un director, Gabriele Vacis. Con él montaron un espectáculo que se estrenó en el festival de Asti en julio del presente año. No sé si esto es suficiente para decir que he escrito un texto teatral, pero lo dudo. Ahora que lo veo en forma de libro, me parece sobre todo un texto que se mantiene en vilo entre una auténtica puesta en escena y un relato para leer en voz alta. No creo que exista un nombre para textos de esta clase. De todos modos, poco importa. A mí me parece una historia hermosa que valía la pena contar. Y me gusta pensar que alguien la leerá.

A. B.

Septiembre de 1994

Para Barbara

Siempre sucedía lo mismo: en un momento determinado, alguien levantaba la cabeza... y la veía. Es algo difícil de comprender. Es decir... Éramos más de mil en aquel barco, entre ricachones de viaje, y emigrantes, y gente rara, y nosotros... Y, sin embargo, siempre había uno, uno solo, uno que era el primero... en verla. A lo mejor estaba allí comiendo, o paseando simplemente en el puente..., a lo mejor estaba allí colocándose bien los pantalones..., levantaba la cabeza un instante, echaba un vistazo al mar... y la veía. Entonces se quedaba como clavado en el lugar en que se encontraba, el corazón le estallaba en mil pedazos, y siempre, todas las malditas veces, lo juro, siempre, se volvía hacia nosotros, hacia el barco, hacia todos, y gritaba (*suave y lentamente*): América. Después permanecía allí, inmóvil, como si tuviera que salir en una fotografía, con cara de haber hecho a América él mismo. Por las tardes, después de trabajar, y los domingos, se había hecho ayudar por su cuñado, un albañil, buena persona..., al principio tenía pensado algo con aglomerado, pero luego... le fue cogiendo el tranquilo y se hizo las Américas...

El primero en ver América. En cada barco hay uno. Y no hay que pensar que son cosas que ocurren por casualidad, no..., y ni tan siquiera es cuestión de dioptrías: es el destino. Son gente que desde siempre tuvieron ese instante impreso en su vida. Y cuando eran niños, podías miradas a los ojos y, si te fijabas bien, ya veías América preparada para saltar, para deslizarse por los nervios y la sangre y yo qué sé, hasta el cerebro y desde allí a la lengua, hasta dentro de aquel grito (*gritando*), AMÉRICA, ya estaba allí, en aquellos ojos, desde niño, toda entera, América.

Allí, esperando.

Esto me lo enseñó Danny Boodmann T. D. Lemon Novecento, el pianista más grande que ha tocado en el océano. En los ojos de la gente puede verse lo que verán, no lo que han visto. Así decía: lo que verán.

Yo he visto muchas Américas... Seis años en aquel barco, cinco, seis viajes al año, de Europa a América, y de vuelta, siempre en remojo en el océano, cuando bajabas a tierra ni siquiera te veías capaz de mear derecho en el váter. Él estaba quieto, pero tú, tú seguías balanceándote. Porque es posible bajarse de un barco, pero del océano... Cuando subí, tenía diecisiete años. Y sólo había una cosa que me importara en la vida: tocar la trompeta. Así que cuando me enteré de la historia esa de que estaban buscando gente para el barco a vapor, el *Virginian*, que estaba en el puerto, me puse en la cola. La trompeta y yo. Enero de 1927. Ya tenemos músicos, dijo el tipo de la Compañía. Lo sé, y me puse a tocar. Se quedó allí mirándome fijamente sin mover ni un músculo. Esperó a que acabara sin decir una palabra. Después me preguntó:

«¿Qué era eso?»

«No lo sé.»

Se le iluminaron los ojos.

«Cuando no sabes lo que es, entonces es jazz.»

Después hizo algo raro con la boca, quizás era una sonrisa, tenía un diente de oro justo aquí mismo, tan en el centro que parecía que lo había puesto en el escaparate para venderlo.

«Van como locos por esa música ahí arriba.»

Ahí arriba quería decir en el barco. Y aquella especie de sonrisa quería decir que me habían contratado.

Tocábamos tres, cuatro veces al día. Primero para los ricos de la clase de lujo, y luego para los de segunda, y de vez en cuando íbamos donde estaban aquellos pobres emigrantes y tocábamos para ellos, pero sin uniforme, tal como íbamos, y de vez en cuando tocaban ellos también con nosotros. Tocábamos porque el océano es grande y da miedo, tocábamos para que la gente no notara el paso del tiempo, y se olvidara de dónde estaba, y de quién era. Tocábamos para hacer que bailaran, porque si bailas no puedes morir, y te sientes Dios. Y tocábamos *ragtime*, porque es la música con la que Dios baila cuando nadie lo ve.

Con la que Dios bailarían si fuera negro.

(El actor sale del escenario. Empieza una música dixie, muy alegre y básicamente idiota. El actor reaparece en escena, elegantemente vestido de jazzman de navío. A partir de este momento se comporta como si la banda estuviera, físicamente, sobre el escenario)

Ladies and Gentlemen, meine Damen und Herren, señoras y señores... Mesdames et Messieurs, bienvenidos a este barco, a esta ciudad flotante que se parece en todo y por todo al Titanic, calma, permanezcan sentados, el señor del fondo se ha tocado, lo he visto perfectamente, bienvenidos al océano, por cierto, qué hacen ustedes aquí, me apuesto lo que sea a que tenían a sus acreedores pisándoles los talones, llegan con unos treinta años de retraso a la fiebre del oro, querían ver el barco y luego no se han dado cuenta de que había partido, han salido un momento para comprar cigarrillos, en este mismo instante su esposa está con la policía, diciendo que era un buen hombre, normalísimo, ni una pelea en treinta años... En fin, ¿qué demonios están haciendo aquí, a trescientas millas de cualquier jodidísimo mundo y a dos minutos del próximo ataque de vómito? Pardon madame, bromeaba, fíese usted, en este barco se va como una bola sobre el billar del océano, tac, sólo faltan seis días, dos horas y cuarenta y siete minutos y cloc, a la tronera, ¡Nueva Yoooooork!

(La banda en primer plano)

No creo que haga falta explicarles cómo es este barco, en muchos sentidos un barco extraordinario y, en definitiva, único. Al mando del capitán Smith, conocido claustrofóbico y hombre de gran sabiduría (seguramente habrán notado que vive en una lancha de salvamento), trabaja para todos ustedes un equipo prácticamente único de profesionales absolutamente fuera de lo común: Paul Siezinskj, timonel, ex sacerdote polaco, médium, sanador, ciego, por desgracia... Bill Joung, telegrafista, gran jugador de ajedrez, zurdo, tartamudo..., el médico de a bordo, el doc. Klausermanspitzwegensdorfentag, como les urja llamarlo lo tienen claro..., pero sobre todo:

Monsieur Pardin,
el chef,

directamente procedente de París, adonde, por otro lado, regresó de inmediato tras comprobar en persona la curiosa circunstancia de que este barco carece de cocinas, como ha podido notar sutilmente, entre otros, Monsieur Camembert, del camarote doce, que hoy se ha quejado al encontrar su lavabo lleno de mayonesa, cosa rara, porque normalmente en los lavabos metemos los embutidos, todo esto debido a la ausencia de cocinas, hecho que hay que atribuir, por otro lado, a la ausencia en esta nave de un auténtico cocinero, como lo era sin duda Monsieur Pardin, quien regresó a París, de donde procedía directamente, con la ilusión de encontrar a bordo cocinas que, la verdad sea dicha y siendo fieles a los hechos, aquí no tenemos, y todo esto gracias al simpático olvido del diseñador de este barco, el insigne ingeniero Camilleri, anorético de fama mundial, a quien ruego le dediquen su más caluroso aplausooooo...

(Banda en primer plano)

Créanme, no encontrarán ustedes barcos como éste en ningún sitio: a lo mejor, si buscan durante años, encontrarán a un capitán claustrofóbico, un timonel ciego, un telegrafista tartamudo, un doctor de nombre impronunciable, todos juntos en una misma nave, sin cocinas. Podría ser. Pero lo que nunca más volverá a ocurrirles, de eso pueden estar seguros, es que se encuentren sentados con el culo sobre diez centímetros de butaca y centenares de metros de agua, en el corazón del océano, teniendo ante los ojos el milagro, en las orejas la maravilla, y en los pies el ritmo y en el corazón el sonido de la única, inimitable, infinita, iiiiiATLANTIC JAZZ BAAAAND!!!!

(Banda en primer plano. El actor presenta a los músicos uno a uno. A cada nombre le sigue un breve solo)

Al clarinete, ¡Sam «Sleepy» Washington!
Al banjo, ¡Oscar Delaguerra!
A la trompeta, ¡Tim Tooney!
Trombón, ¡Jim Jim «Breath» Gallup!
A la guitarra, ¡Samuel Hockins!
Y, finalmente, al piano..., Danny Boodmann T. D. Lemon Novecento.
El más grande.

(La música se interrumpe bruscamente. El actor abandona el tono de presentador, y, hablando, se quita el uniforme de músico)

Lo era de verdad: el más grande. Nosotros tocábamos música, él era algo distinto. Él tocaba... Aquello no existía antes de que él lo tocara, ¿de acuerdo?, no estaba en ningún sitio. Y cuando él se levantaba del piano, ya no estaba... y ya no estaba para siempre... Danny Boodmann T. D. Lemon Novecento. La última vez que lo vi estaba sentado sobre una bomba. En serio. Estaba sentado sobre una carga de dinamita así de grande. Es una larga historia... Él decía: «No estás jodido verdaderamente mientras tengas una buena historia a cuestas y alguien a quien contársela.»

Él sí que tenía una buena historia... Él *era* su buena historia. Delirante, a decir verdad, pero hermosa... y aquel día, sentado sobre toda aquella dinamita, me la regaló. Porque yo fui su mejor amigo... Y he hecho tonterías, y si me ponen boca abajo nada saldrá de mis bolsillos, hasta la trompeta vendí, todo, pero... aquella historia no..., ésa no la he perdido, todavía está aquí, tan límpida e inexplicable como tan sólo lo era la música cuando, en mitad del océano, la tocaba el piano mágico de Danny Boodmann T. D. Lemon Novecento.

(El actor se va entre bastidores. Se escucha la banda hasta que finaliza. Cuando se apaga el último acorde, el actor reaparece en el escenario)

Quien lo encontró fue un marinero que se llamaba Danny Boodmann. Se lo encontró una mañana, cuando ya todos habían bajado, en Boston, lo encontró en una caja de cartón. Tendría unos diez días, no más. Ni siquiera lloraba, estaba en silencio en aquella caja con los ojos abiertos. Lo habían dejado en el salón de baile de primera clase. Encima del piano. Pero no tenía aspecto de ser un recién nacido de primera clase. Esas cosas solían hacerlas los emigrantes. Parir a escondidas, en algún lugar del puente, y después abandonar allí a los niños. No lo hacían por maldad. Aquello era miseria, pura miseria. Algo parecido a lo que ocurría con la ropa..., subían con parches hasta en el trasero, todos con su traje, el único que tenían, gastado por todas partes. Pero después, como América es América, al final los veías bajar, a todos bien vestidos, incluso los hombres con corbata y los niños con unas camisetas blancas..., en fin, se las arreglaban estupendamente, en aquellos veinte días de navegación cosían y cortaban, al final no encontrabas ni una sola cortina en el barco, ni una sábana, nada: se habían hecho el traje bueno para América. Toda la familia. Qué ibas a decirles...

En fin, que de vez en cuando tocaba también un niño, que para un emigrante es una boca más que alimentar y un montón de problemas en la oficina de inmigración. Los dejaban en el barco. En cierto sentido, a cambio de las cortinas y de las sábanas. Con aquel niño tenía que haber pasado lo mismo. Debieron de decirse: si lo dejamos sobre el piano de cola, en el salón de baile de primera clase, a lo mejor se lo lleva consigo algún ricachón, y será feliz toda su vida. Era un buen plan. Funcionó a medias. No se hizo rico, pero sí pianista. El mejor, lo juro, el mejor.

En fin. El viejo Boodmann se lo encontró allí, buscó algo que le dijera quién era, pero sólo encontró una nota, en el cartón de la caja, escrita con tinta azul: T. D. Limoni. Había también una especie de dibujo, de un limón. También en tinta azul. Danny era un negro de Filadelfia, un hombre maravilloso. Cogió al niño en brazos y le dijo: «¡Hello Lemon!» Y en su interior algo estalló, algo así como la sensación de que había sido padre. Durante toda su vida mantuvo que lo de T. D. significaba *Thanks Danny*. Gracias, Danny. Era absurdo, pero él se lo creía de verdad. Habían dejado allí aquel niño para él. Estaba convencido de ello... T. D., *Thanks Danny*. Un día le llevaron un periódico, había un anuncio de un hombre con cara de idiota y un bigote fino, fino, fino, de *latin lover*, y había dibujado un limón así de grande, y al lado estaba escrito: Tano Damato, el rey de los limones, Tano Damato, limones de rey, y algo parecido a un certificado, o un premio, o qué sé yo... Tano Damato... El viejo Boodmann ni se inmutó. «¿Quién es este maricón?», preguntó. Y pidió que le dieran el periódico porque junto al anuncio estaban los resultados de las carreras. No es que apostara en las carreras: le gustaban los nombres de los caballos, eso es todo, tenía una verdadera pasión, siempre te decía: «mira éste, este de aquí, corrió ayer en Cleveland, mira, le han puesto *Liante*, ¿tú crees?, ¿será posible?, ¿y éste? Mira, *Antes mejor*, ¿no es para partirse?», en fin, que le gustaban los nombres de los caballos, tenía esa pasión. Le importaba un carajo quién ganara la carrera. Eran los nombres lo que le gustaba.

A aquel niño empezó a ponerle el suyo, su nombre: Danny Boodmann. Fue el único acto de vanidad que se permitió en toda su vida. Después añadió T. D. Lemon, como ponía en la nota que había en la caja de cartón, porque decía que quedaba fino eso de poner letras en mitad del nombre: «todos los abogados las tienen», confirmó Burty Bum, un maquinista que había ido a parar a

la cárcel gracias a un abogado que se llamaba John P. T. K. Wonder. «Si se hace abogado, lo mato», sentenció el viejo Boodmann, aunque luego dejara las dos iniciales en el nombre, por lo que al final quedó Danny Boodmann T. D. Lemon. Era un bonito nombre. Lo analizaron un rato, repitiéndolo en voz baja, el viejo Danny y los otros, en la sala de máquinas, con las máquinas paradas, en el muelle del puerto de Boston. «Bonito nombre», dijo al final el viejo Boodmann, «pero le falta algo. Le falta un gran final.» «Añadamos martes», dijo Sam Stull, que trabajaba de camarero. «Lo has encontrado un martes, pues llámalo martes.» Danny se lo pensó un poco. Luego sonrió. «Es buena idea, Sam. Lo he encontrado el primer año de este nuevo, jodidísimo siglo, ¿no?: lo llamaré Novecento.» «¿Novecento?» «Novecento.» «Pero ¡si eso es un número!» «Era un número: ahora es un nombre.» Danny Boodmann T. D. Lemon Novecento. Es perfecto. Es hermosísimo. Un gran nombre, sí señor, un gran nombre de verdad. Llegará lejos con un nombre como ése. Se asomaron a la caja de cartón. Danny Boodmann T. D. Lemon Novecento los miró y sonrió: se quedaron de piedra: nadie se esperaba que de un niño tan pequeño pudiera salir tanta mierda.

Danny Boodmann siguió siendo marinero todavía otros ocho años, dos meses y once días más. Después, durante una tormenta, en pleno océano, recibió el golpe de una polea enloquecida en mitad de la espalda. Tardó tres días en morir. Estaba destrozado por dentro, no había manera de recomponerlo. Novecento era un niño, en aquel entonces. Se sentó junto a la cama de Danny y no se movió de allí. Tenía una montaña de periódicos viejos y durante tres días, con un enorme esfuerzo, le leyó al pobre Danny, que estaba estirando la pata, todos los resultados de las carreras que encontró. Juntaba las letras, como Danny le había enseñado, con el dedo sobre el papel del periódico y los ojos que no se apartaban ni un instante. Leía lentamente, pero leía. Y así el viejo Danny murió en la sexta carrera de Chicago, en que ganó *Agua potable* con dos cuerpos de ventaja sobre *Sopa de verduras* y cinco sobre *Maquillaje azul*. El hecho es que, con aquellos nombres, no pudo no reírse y, riéndose, la palmó. Lo envolvieron en una lona y lo devolvieron al océano. En la lona, con pintura roja, el capitán escribió: *Thanks Danny*.

Y así, de repente, Novecento se quedó huérfano por segunda vez. Tenía ocho años y ya había hecho el trayecto entre Europa y América, ida y vuelta, unas cincuenta veces. El océano era su casa. En cuanto a la tierra, bueno, nunca la había pisado. Claro que la había visto desde los puertos. Pero bajado, nunca. El hecho es que Danny tenía miedo de que se lo llevaran con alguna de esas historias de documentos y visados y otras zarandajas. Por eso Novecento permanecía a bordo siempre, y después, en un determinado momento, volvían a partir. Para ser precisos, Novecento ni siquiera existía para el mundo: no había ciudad, iglesia, hospital, cárcel, equipo de béisbol que hubiera inscrito su nombre en algún sitio. No tenía patria, no tenía fecha de nacimiento, no tenía familia. Tenía ocho años: pero oficialmente no había nacido.

«Esto no puede seguir así por mucho tiempo», le decían de vez en cuando a Danny. «Entre otras cosas, va contra la ley.» Pero Danny tenía una respuesta irrefutable: «A la mierda la ley», decía. Con aquel punto de partida, no había mucho que discutir.

Cuando llegaron a Southampton, al final del viaje en que Danny murió, el capitán decidió que había llegado la hora de acabar con aquella historia. Llamó a las autoridades portuarias y le dijo al segundo de a bordo que fuera a buscar a Novecento. Pues bien, no lo encontró. Lo buscaron por todo el barco durante dos días. Nada. Había desaparecido. A todo el mundo le sentó fatal aquella historia, porque, en fin, allí, en el *Virginian*, se habían acostumbrado a aquel crío, y nadie se atrevía a decirlo, pero... no era nada difícil saltar por la borda y... luego el mar hace de las suyas y... Así que tenían el corazón en un puño cuando veintidós días después partieron con rumbo a Río de Janeiro sin que Novecento hubiera regresado, o sin que hubieran tenido noticias suyas... Serpentinatas y sirenas y fuegos artificiales al partir, como siempre, pero aquella vez era distinto, estaban a punto de perder a Novecento, y era para siempre, algo les desgarraba la sonrisa a todos, y les roía el corazón.

La segunda noche de viaje, en la que ya no se veían ni siquiera las luces de la costa irlandesa, Barry, el contramaestre, entró como un loco en el camarote del comandante, despertándolo y diciéndole que tenía que acompañarlo sin dilación. El comandante blasfemó, pero después se fue con él.

Salón de baile de primera clase.

Luces apagadas.

Gente en pijama, de pie, en la entrada. Pasajeros en las puertas de sus camarotes.

Y además marineros, tres de ellos completamente ennegrecidos, recién subidos de la sala de máquinas, y también Truman, el telegrafista.

Todos en silencio, mirando.

Novecento.

Estaba sentado en el taburete del piano, con las piernas colgando, sin tocar el suelo.

Y,

como hay Dios,

que estaba tocando.

(Se oye un música de piano, bastante simple, lenta, seductora)

No sé qué demonios de música estaba tocando, pero era pequeña y... hermosa. No había trampa, era él quien estaba tocando, eran sus manos, en aquellas teclas, Dios sabe cómo. Y había que oír lo que estaba saliéndole. Había una señora en salto de cama de color rosa y pinzas en el pelo..., cargada de dinero, en resumen, la esposa americana de un agente de seguros..., pues bueno, tenía unos enormes lagrimones que chorreaban sobre la crema de noche, miraba y lloraba sin parar. Cuando vio al comandante a su lado, atontado por la sorpresa, literalmente atontado, cuando lo vio a su lado, se sorbió los mocos, me refiero a la ricachona, se sorbió los mocos y señalando al piano le preguntó:

«¿Cómo se llama?»

«Novecento.»

«La canción no, el niño.»

«Novecento.»

«¿Como la canción?»

Era ese tipo de conversación que un comandante de la marina no puede mantener más allá de cuatro o cinco réplicas. Sobre todo cuando acaba de descubrir que un niño al que creía muerto no sólo estaba vivo sino que, entre tanto, había aprendido a tocar el piano. Dejó plantada a la ricachona, con sus lágrimas y todo lo demás, y atravesó con paso decidido el salón: en pantalones de pijama y con la americana del uniforme desabrochada. Se paró al llegar al piano. Habría querido decir muchas cosas en aquel momento, entre otras: «¿Dónde coño has aprendido?» o incluso: «¿Dónde diablos te habías metido?» Pero, como tantos hombres acostumbrados a vivir de uniforme, había acabado por pensar también de uniforme. Así que lo que dijo fue:

«Novecento, todo esto es contrario al reglamento. »

Novecento dejó de tocar. Era un muchacho de pocas palabras y gran capacidad de aprendizaje. Miró con dulzura al comandante y dijo:

«A la mierda el reglamento.»

(Se oye ruido de tormenta)

El mar se ha despertado / el mar ha descarrilado / estalla el agua contra el cielo / estalla / aclara / arranca al viento nubes y estrellas / furibundo / se desata hasta cuándo / no se sabe / dura un día / acabará / mamá esto / no me lo habías dicho mamá / ro-ró ro-ró / te acuna el mar /

y una mierda te acuna / furibundo / a tu alrededor / espuma y suplicio / loco el mar / hasta donde alcanza tu vista / sólo negro / y muros negros / y remolinos / y todos callados / esperando / que acabe de una vez / y naufragar / mamá yo no quiero hacer eso / quiero el agua mansa / que te refleja / quieta / estos / muros / absurdos / de agua / precipitándose / este ruido /
quiero que vuelva el agua que tú sabías
quiero que vuelva el mar
silencio
luz
y peces voladores
por encima
volando.

Primer viaje, primera tormenta. Qué mala pata. Todavía no sabía cómo iban las cosas cuando me pilló una de las tormentas más criminales en la historia del *Virginian*. En mitad de la noche se le hincharon las pelotas, y ¡hala!, a romper la baraja. El océano. Parecía que nunca fuera a acabar. Alguien que toca la trompeta en un barco, cuando llega una tormenta no es que pueda hacer gran cosa. Como mucho, no seguir tocando la trompeta para no complicar más las cosas. Y estarse quietecito en su litera. Pero yo no aguantaba allí encerrado. Te crees que tienes recursos para distraerte, pero puedes estar seguro de que antes o después te llega directamente al cerebro esa frase: murió como una rata. Yo no quería acabar como una rata, y por eso salí de aquel camarote y me puse a vagar. No sabía adónde ir, estaba en aquel barco desde hacía cuatro días, podía sentirme contento si encontraba el camino para llegar a los lavabos. Son pequeñas ciudades flotantes. De verdad. En resumen, claro está, chocando por todas partes y cogiendo pasillos al azar, a la buena de Dios, al final me perdí. La había cagado. Definitivamente, la había jodido. Fue en ese preciso momento cuando llegó un tipo vestido elegantemente en tonos oscuros, caminaba tranquilamente, no tenía pinta de haberse perdido, parecía que ni siquiera notara las olas, como si estuviera paseando por el paseo marítimo de Niza. Y era Novecento.

Tenía veintisiete años, por aquel entonces, pero parecía que tuviera más. Yo apenas lo conocía: habíamos tocado juntos en aquellos cuatro días, con la banda, pero nada más. No sabía si quiera en qué camarote estaba. Claro que los otros me habían contado cosas sobre él. Contaban algo raro, decían: Novecento no ha bajado nunca de aquí. Nació en este barco, y desde entonces ha permanecido aquí. Siempre. Veintisiete años; sin poner nunca pie en tierra. Tal como lo contaban, parecía que era una trola inmensa... Decían incluso que tocaba una música inexistente. Lo que yo sabía era que todas las veces, antes de empezar a tocar, allí, en el salón de baile, Fritz Hermann, un blanco que no entendía nada de música pero que tenía un rostro bello, por lo cual dirigía la banda, se le acercaba y le decía en voz baja:

«Por favor, Novecento, sólo las notas normales, ¿de acuerdo?»

Novecento decía que sí con la cabeza y después tocaba las notas normales, mirando fijamente hacia delante, sin echar ni una mirada a sus manos, era como si se encontrara en otra parte. Ahora sé que, en efecto, estaba en otra parte. Pero entonces no lo sabía: pensaba que era un poco raro, nada más.

Aquella noche, en mitad de la tormenta, con ese aspecto de caballero de vacaciones, me encontré allí, perdido en un pasillo cualquiera, con la cara de un difunto, me miró, sonrió y me dijo: «Ven.»

Y, en fin, si alguien que toca la trompeta en un barco se encuentra en mitad de una tormenta a alguien que le dice «Ven», el que toca la trompeta sólo puede hacer una cosa: ir. Y me fui tras él. Él caminaba. Yo... era un poco diferente, no tenía aquella compostura, pero en fin..., llegamos al salón de baile, y después, rebotando de una punta a otra, yo, obviamente, porque él parecía que tuviera raíles debajo de los pies, llegamos hasta cerca del piano. No había nadie por allí. Es-

taba casi a oscuras, sólo se veía alguna lucecita, aquí y allá. Novecento me señaló las patas del piano.

«Quítale los topes», dijo. El barco bailaba que era una maravilla, costaba dios y ayuda permanecer de pie, desbloquear aquellas ruedecillas no tenía sentido.

«Si te fías de mí, quítaselos.»

Este tío está loco, pensé. Y se los quité.

«Y ahora ven y siéntate aquí», me dijo en ese momento Novecento.

No entendía adónde quería ir a parar, de veras, no lo entendía. Estaba allí, intentando mantener quieto aquel piano que empezaba a deslizarse como una inmensa pastilla de jabón de color negro... Era una situación verdaderamente asquerosa, lo juro, metidos hasta el cuello en la tormenta y, por si no bastara, aquel loco, sentado en su taburete -otro hermoso jabón- y las manos en el teclado, quietas.

«Si no te subes ahora, ya no podrás subir», dijo el loco sonriendo. *(Se sube a un artilugio, algo a medio camino entre un columpio y un trapecio)* «Vale. Lo mandaremos todo a la mierda, ¿vale? Total, qué vamos a perder con subir, de acuerdo, venga, ya me he subido a tu estúpido taburete, y, ahora, ¿qué?»

«Y, ahora, no tengas miedo.»

Y se puso a tocar.

(Empieza una música para piano solo. Es una especie de danza, vals, tranquilo y dulce. El artilugio empieza a columpiarse y a llevar al actor por todo el escenario. A medida que el actor avanza en su relato, el movimiento se hace más amplio, hasta llegar a rozar los bastidores)

Vale, vale, nadie está obligado a creerlo y yo, a decir verdad, nunca me lo creería si me lo contaran, pero la verdad de los hechos es que aquel piano empezó a deslizarse sobre la madera del salón de baile, y nosotros detrás de él, con Novecento tocando, y no levantaba la vista de las teclas, parecía en otra parte, y el piano seguía las olas, e iba y venía, y giraba sobre sí mismo, se lanzaba directamente hacia los cristales, y cuando casi tocaba se paraba y caía dulcemente hacia atrás, ya digo, parecía que el mar lo acunara, y nos acunara a nosotros, y yo no entendía un carajo, y Novecento tocaba, no paraba de tocar, y parecía claro que no *tocaba* simplemente, estaba *conduciendo* aquel piano, ¿de acuerdo?, con las teclas, con las notas, no lo sé, lo llevaba a donde quería, era absurdo, pero así era. Y mientras dábamos vueltas y revueltas entre las mesas, rozando las lámparas y las butacas, comprendí que lo que estábamos haciendo en aquel momento, lo que *de verdad* estábamos haciendo, era bailar con el océano, nosotros y él, locos bailarines, y perfectos, abrazados en un vals turbulento, sobre el dorado parquet de la noche. Oh *yes*.

(Empieza a desplazarse con amplios movimientos por el escenario, sobre el artilugio, con cara de felicidad, mientras el océano enloquece, el barco baila, y la música del piano escande una especie de vals que, con diversos efectos sonoros, acelera, frena, gira, en fin, «conduce» el gran baile. Luego, tras la enésima acrobacia, se equivoca en una de sus maniobras y acaba de un salto tras los bastidores. La música intenta «frenar», pero es demasiado tarde. El actor tiene sólo tiempo para gritar

«Dios mío...»

y sale por uno de los bastidores laterales, tropezando contra algo. Se oye un gran golpe, como si hubiera acabado rompiendo una vidriera, una mesa del bar, un tresillo, cualquier cosa. Un estruendo impresionante. Un instante de pausa y de silencio. Después, por el mismo lateral por el que salió, reaparece el actor, lentamente)

Novecento dijo que todavía tenía que perfeccionar aquel truco. Yo le dije que en el fondo se trataba sólo de ajustar los frenos. El comandante, acabada la tormenta, dijo (*con voz excitada y gritando*): «¡ME CAGO EN VOSOTROS DOS, AHORA MISMO VAIS A LA SALA DE MÁQUINAS Y OS QUEDÁIS ALLÍ, PORQUE SI NO, OS MATO CON MIS PROPIAS MANOS. Y QUE QUEDE CLARO QUE LO PAGARÉIS TODO, HASTA EL ÚLTIMO CÉNTIMO, AUNQUE TENGÁIS QUE TRABAJAR HASTA EL RESTO DE VUESTROS DÍAS, COMO QUE ESTE BARCO SE LLAMA *VIRGINIAN* Y VOSOTROS SOIS LOS DOS IMBÉCILES MÁS GRANDES QUE HAN CRUZADO EL OCÉANO!»

Ahí abajo, en la sala de máquinas, aquella misma noche, Novecento y yo nos hicimos amigos. Uña y carne. Y para siempre. Nos pasamos todo el tiempo contando lo que podría costar en dólares todo lo que habíamos roto. Y cuanto más subía la cuenta, más nos reíamos. Y si pienso en ello, me parece que aquello era ser feliz. O algo parecido.

Fue durante esa noche cuando le pregunté si aquella historia era cierta, lo de él y el barco, vamos, que si había nacido allí y todo lo demás..., si era verdad que no había bajado nunca de allí. Y respondió: «Sí.»

«Pero ¿verdad de *verdad*?»

Él estaba muy serio.

«Verdad de verdad.»

Y no sé, en aquel momento lo que sentí por dentro, por un instante, sin quererlo, y sin saber por qué, fue un escalofrío: y era un escalofrío de miedo.

Miedo.

Una vez le pregunté a Novecento en qué demonios pensaba mientras tocaba, y qué estaba mirando, siempre con la vista clavada delante, y, en fin, adónde se iba con sus pensamientos, mientras las manos iban arriba y abajo sobre las teclas. Y me dijo: «Hoy he acabado llegando a un país bellísimo, las mujeres tenían el cabello perfumado, había luz por todas partes y estaba lleno de tigres.»

Viajaba.

Y cada vez acababa en un lugar distinto: en el centro de Londres, en un tren en mitad del campo, en una montaña tan alta que la nieve te llegaba hasta la barriga, en la iglesia más grande del mundo, contando columnas y mirando cara a cara los crucifijos. Viajaba. Resultaba difícil comprender lo que podía saber él de iglesias, y de nieve, y de tigres y..., vamos, que nunca había bajado de aquel barco, nunca en su vida, no era una trola, todo era verdad. No había bajado nunca. Y, sin embargo, era como si hubiera visto todas esas cosas. Novecento era alguien a quien le decías: «Una vez estuve en París», y él te preguntaba si habías visto los jardines tal y cual y si habías comido en aquel determinado sitio, lo sabía todo, te decía: «Lo que a mí me gusta, allí en tierra, es esperar la puesta de sol caminando arriba y abajo por el Pont Neuf y, cuando pasan las gabarras, pararme a mirarlas desde encima, y saludar con la mano.»

«Novecento, ¿has estado alguna vez en París?»

«No. »

«Pues entonces...»

«Bueno..., sí.»

«¿Sí qué?»

«París.» .

Se podía pensar que estaba loco. Pero no era tan simple. Cuando alguien te cuenta con absoluta exactitud qué olor tiene Bertham Street, en verano, cuando acaba de dejar de llover, no puedes pensar que está loco por la única y estúpida razón de que no haya estado nunca en Bertham Street. En los ojos de alguien, en las palabras de alguien, él había respirado ese aire. A su manera: pero de verdad. Quizá no había visto nunca el mundo. Pero hacía veintisiete años que el

mundo pasaba por aquel barco, y hacía veintisiete años que él, desde aquel barco, lo escrutaba. Y le robaba el alma.

En eso era un genio. Nada que objetar. Sabía escuchar. Y sabía leer. No los libros, eso lo sabe hacer cualquiera, sabía leer a la gente. Los signos que la gente lleva encima: lugares, ruidos, olores, su tierra, su historia... Toda escrita encima. Leía y, con infinita atención, catalogaba, clasificaba, ordenaba... Cada día añadía un pequeño retazo a aquel inmenso mapa que estaba dibujándose en la cabeza, inmenso, el mapa del mundo, del mundo entero, de una punta a la otra, ciudades enormes y esquinas de bar, largos ríos, charcos, aviones, leones, un mapa fantástico. Después viajaba por su superficie de maravilla, mientras sus dedos se deslizaban sobre las teclas, acariciando las curvas de un *ragtime*.

(Se empieza a oír un ragtime melancólico)

Tuvieron que pasar unos años, pero al final un día me armé de valor y se lo pregunté. Novecento, ¿por qué carajo no bajas una vez, aunque sólo sea una vez, por qué no vas a ver el mundo, con tus ojos, con tus propios ojos? ¿Por qué permaneces en esta prisión viajera?, podrías estar sobre tu Pont Neuf mirando las gabarras y todo lo demás, podrías hacer lo que quisieras, tocas el piano de fábula, enloquecerían por ti, ganarías un montón de dinero, y podrías escoger para ti la casa más bella que existe, incluso puedes construirtela en forma de barco, pasando de todo, la pondrías donde quisieras, a lo mejor en medio de los tigres, o en Bertham Street... ¡Dios Santo!, no puedes pasarte toda tu vida andando arriba y abajo como un idiota... Tú no eres idiota, tú eres grande, y el mundo está ahí, sólo hay que bajar esa jodida escalerilla, ya ves tú, cuatro estúpidos escalones, joder, ahí está todo, al final de esos escalones, todo. ¿Por qué no paras de una vez por todas y te bajas de aquí, al menos una vez, una sola vez?

Novecento... ¿Por qué no bajas?

¿Por qué?

¿Por qué?

Fue un verano, el verano de 1931, cuando subió al barco Jelly Roll Morton. Completamente vestido de blanco, incluso el sombrero. Y un diamante así en el dedo. Era un tipo que, cuando daba un concierto, escribía en los carteles: Esta noche Jelly Roll Morton, el inventor del jazz. No lo escribía porque sí, estaba convencido de ello: el inventor del jazz. Tocaba el piano. Siempre sentado un poco fuera del taburete, y con dos manos que eran mariposas. Ligerísimas. Había empezado en los burdeles de Nueva Orleans, y allí había aprendido a rozar las teclas y a acariciar notas: en el piso de arriba hacían el amor y no querían jaleo. Querían una música que se deslizara por detrás de las cortinas y por debajo de las camas sin molestar. Él tocaba esa clase de música. Y en eso, verdaderamente, era el mejor.

Alguien, en algún sitio, un día, le habló de Novecento. Tuvieron que decirle algo como: Ése es el más grande. El más grande pianista del mundo. Puede parecer absurdo, pero era algo que podía ocurrir. Novecento no había tocado ni una sola nota fuera del *Virginian*, y sin embargo era un personaje célebre a su manera en aquel tiempo, una pequeña leyenda. Los que bajaban de aquel barco hablaban de una música extraña y de un pianista que parecía que tuviera cuatro manos, por la cantidad de notas que tocaba. Circulaban historias curiosas, aunque a veces verdaderas, como aquella del senador americano Wilson, que había hecho todo el viaje en tercera clase, porque era allí donde tocaba Novecento cuando no tocaba las notas normales, sino aquellas notas suyas, las que no eran normales. Tenía un piano allá abajo, e iba por la tarde, o ya entrada o la noche. Primero escuchaba: quería que la gente cantara las canciones que sabía, de vez en cuando alguien sacaba una guitarra, una armónica, y empezaba a tocar, músicas que venían quién sabe de dónde... Novecento escuchaba. Después empezaba a rozar las teclas, mientras los otros cantaban o tocaban,

rozaba las teclas y, poco a poco, aquello se iba convirtiendo en una auténtica y verdadera interpretación, salían sonidos del piano -vertical, negro-, y eran sonidos de otro mundo. Dentro estaba todo: todas a la vez, todas las músicas de la tierra. Era como para quedarse de piedra. Y de piedra se quedó el senador Wilson al escuchar aquello, y, aparte de la historia esa de la tercera clase, él, tan elegante, en mitad de aquel hedor, porque verdaderamente era hedor, aparte de esa historia, tuvieron que llevárselo a la fuerza al llegar, porque si hubiera sido por él, se habría quedado a bordo, escuchando a Novecento por el resto de los puñeteros años que le quedarán de vida. De verdad. Salió en los periódicos, pero era cierto. Tal como lo cuento.

En fin, que alguien le fue a Jelly Roll Morton y le dijo: «En ese barco hay alguien que hace lo que quiere con el piano. Y cuando le apetece, toca jazz, pero cuando no le apetece toca algo que es como diez jazz juntos.» Jelly Roll Morton tenía un carácter muy suyo, todos lo sabían. Dijo: «Pero ¿cómo puede tocar bien alguien que no tiene cojones ni para bajar de un estúpido barco?» Y se echó a reír, como un loco, el inventor del jazz. La cosa podía haber terminado ahí, pero hubo alguien que en ese momento dijo: «Haces bien en reírte, porque bastaría con que ése se decidiera a bajar para que tú tuvieras que volver a tocar en los burdeles, como que Dios existe, en los burdeles.» Jelly Roll dejó de reír, sacó del bolsillo una pequeña pistola con la culata de nácar, apuntó con ella a la cabeza del imbécil que había hablado y no disparó, pero dijo: «¿Dónde coño está ese barco?»

Lo que se le había metido en la cabeza era un duelo. Por aquel entonces, eso se estilaba. Se desafiaban a piezas de virtuosismo y al final uno ganaba. Cosas de músicos. Nada de sangre, pero bastante odio, verdadero odio, bajo la piel. Notas y alcohol. Podía durar incluso una noche entera. Era eso lo que se le había metido en la cabeza a Jelly Roll para acabar de una vez con esa historia del pianista sobre el océano, y todas aquellas trolas. Para acabar de una vez. El problema era que Novecento, a decir verdad, nunca tocaba en los puertos, no quería tocar. Los puertos ya eran un poquito tierra, y no le apetecía. Tocaba donde él quería. Y donde él quería era en mitad del mar, cuando la tierra sólo es luces lejanas, o un recuerdo, o una esperanza. Así era él. Jelly Roll Morton blasfemó mil veces, después pagó de su propio bolsillo el billete de ida y vuelta para Europa y subió al *Virginian*, él, que no había pisado nunca un barco que no fuera el que recorría arriba y abajo el Mississippi. «Es lo más tonto que he hecho en mi vida», dijo, con alguna blasfemia de por medio, a los periodistas que fueron a despedirlo al muelle catorce del puerto de Boston. Después se encerró en su camarote y esperó a que la tierra se convirtiera en luces lejanas, y recuerdo, y esperanza.

Novecento, por su parte, no es que se preocupara por el asunto. Ni siquiera lo comprendía muy bien. ¿Un duelo? ¿Y por qué? Pero sentía curiosidad. Quería escuchar cómo demonios tocaba el inventor del jazz. No lo decía en broma, creía de verdad que era el inventor del jazz. Creo que se le pasó por la cabeza que podría aprender algo. Algo nuevo. Así era él. Un poco como el viejo Danny: no tenía espíritu de competición, no le importaba un carajo saber quién ganaba: era todo lo demás lo que le maravillaba. Todo lo demás.

A las 21 y 37 del segundo día de navegación, con el *Virginian* marchando ligero a veinte nudos rumbo a Europa, Jelly Roll Morton se presentó en el salón de baile de primera clase, elegantísimo, de negro. Todos sabían muy bien lo que tenían que hacer. Los que bailaban se pararon, los de la banda dejamos los instrumentos, el camarero sirvió un whisky, la gente enmudeció. Jelly Roll cogió el whisky, se acercó al piano y miró a Novecento a los ojos. No dijo nada, pero lo que se oyó en el aire fue: «Levántate de ahí.»

Novecento se levantó.

«Usted es el que inventó el jazz, ¿verdad?»

«Así es. Y tú eres el que toca sólo si tiene el océano bajo el culo, ¿verdad?»

«Así es.»

Habían hecho las presentaciones. Jelly Roll se encendió un cigarrillo, lo dejó en equilibrio en el borde del piano, se sentó, y empezó a tocar. *Ragtime*. Pero parecía algo que nunca antes se

hubiera escuchado. No tocaba, se deslizaba. Era como unas enaguas de seda que se deslizaban por el cuerpo de una mujer, y que lo hacían bailando. Estaban todos los burdeles de América en aquella música, pero los burdeles de lujo, esos donde hasta la encargada del guardarropa es bella. Jelly Roll acabó bordando notitas invisibles, las de más arriba, al final del teclado, como una pequeña cascada de perlas sobre un suelo de mármol. El cigarrillo seguía allí, al borde del piano: a medio consumir, pero toda la ceniza seguía allí. Se diría que no había querido caerse para no hacer ruido. Jelly Roll cogió el cigarrillo entre los dedos, tenía unas manos que eran mariposas, ya lo he dicho, cogió el cigarrillo y la ceniza permaneció allí, no tenía la más mínima intención de caerse, a lo mejor había truco en todo aquello, no lo sé, pero lo cierto es que no se caía. El inventor del jazz se levantó, se acercó a Novecento, le puso el cigarrillo debajo de la nariz, con toda su ceniza bien colocadita, y dijo:

«Te toca, marinero.»

Novecento sonrió. Se estaba divirtiendo. En serio. Se sentó al piano e hizo la cosa más tonta que podía haber hecho. Tocó *Vuelve, papaíto*, una canción de una idiotez infinita, algo de críos, la había escuchado a un emigrante, años atrás, y desde entonces no se la había podido sacar de encima, le gustaba de verdad. No sé qué le encontraría, pero le gustaba, la encontraba realmente conmovedora. Claro que no era una pieza de virtuosismo. Si me pusiera, hasta yo mismo podría tocarla. Él la tocó jugando un poco con los graves, duplicando algunas cosas, añadiendo dos o tres florituras de las suyas, pero en fin, era una idiotez y siguió siendo una idiotez. Jelly Roll tenía la cara de alguien a quien le han robado los regalos de Navidad. Fulminó a Novecento con dos ojos de lobo y se sentó de nuevo al piano. Se marcó un *blues* que habría hecho llorar a un maquinista alemán, parecía que todo el algodón de todos los negros del mundo estuviera allí y él lo recogiera con aquellas notas. Algo para robar el alma. Todo el mundo se puso de pie, se sorbía la nariz y aplaudía. Jelly Roll ni siquiera hizo un gesto de saludo, se veía que le faltaba muy poco para estar hasta los cojones de toda aquella historia.

Le tocaba de nuevo a Novecento. La cosa ya empezó mal de entrada porque se sentó al piano con dos lagrimones así en los ojos, con aquel *blues* se había emocionado, y esto podría resultar incluso comprensible. Lo verdaderamente absurdo fue que, con toda la música que tenía en la cabeza y en las manos, ¿qué diréis que se le ocurrió tocar? El *blues* que acababa de escuchar. «Era tan hermoso», me dijo después, al día siguiente, para justificarse, ya ves tú. No tenía ni la más remota idea de lo que era un duelo, ni la más remota idea. Tocó aquel *blues*. Por si fuera poco, se había convertido en su cabeza en una serie de acordes, lentísimos, uno tras otro, en procesión, un aburrimiento mortal de necesidad. Tocaba encorvado sobre el teclado, se regodeaba en aquellos acordes, uno a uno, sonaban raros, incluso, disonantes, pero él se regodeaba. Los demás, menos. Cuando acabó, hasta se oyó algún silbido.

Fue en ese momento cuando Jelly Roll perdió definitivamente la paciencia. Más que ir hasta el piano, saltó sobre él. Entre dientes, pero de forma que todos lo entendieran perfectamente, murmuró unas pocas palabras, muy claras:

«Anda y que te den por culo, gilipollas.»

Después, empezó a tocar. Pero tocar no es la palabra. Un malabarista. Un acróbata. Todo lo que se puede hacer con un teclado de ochenta y ocho teclas, lo hizo, a una velocidad monstruosa. Sin equivocarse ni una nota, sin mover ni un músculo del rostro. No era ni siquiera música, eran juegos de manos, era magia bella y buena. Era una maravilla, sin discusión. Una maravilla. La gente se puso como loca. Chillaban y aplaudían, nunca habían visto nada similar. Había un jaleo que parecía Fin de Año. En aquel jaleo me encontré con Novecento: tenía la cara más desilusionada del mundo. Y también un poco sorprendida. Me miró y dijo:

«Ese tío es un memo...»

No le respondí. No había nada que responder. Se inclinó hacia mí y dijo:

«Dame un cigarrillo, venga...»

Estaba tan aturdido que cogí uno y se lo di. Vamos a ver: Novecento no fumaba. No había fumado nunca antes. Cogió el cigarrillo, se dio la vuelta y fue a sentarse al piano.. Tardaron un poco en la sala en darse cuenta de que se había sentado allí y que, a lo mejor, quería tocar. Se oyeron incluso un par de bromas de mal gusto y carcajadas, algún silbido, la gente es así, es cruel con los perdedores. Novecento esperó pacientemente a que hubiera una especie de silencio a su alrededor. Luego echó un vistazo a Jelly Roll, que estaba de pie en el bar bebiendo una copa de chamán, y dijo en voz baja:

«Tú lo has querido, pianista de mierda.»

Después apoyó mi cigarrillo en el borde del piano.

Apagado.

Y empezó.

(Se oye una pieza de un virtuosismo excepcional, quizás algo interpretado a cuatro manos. No dura más de medio minuto. Acaba con una descarga de acordes fortísimos. El actor espera a que acabe, luego continúa hablando)

Así.

El público se lo tragó todo sin respirar.

Conteniendo el aire. Con los ojos clavados en el piano y la boca abierta, como perfectos imbéciles. Permanecieron así, en silencio, completamente embobados, incluso después de aquella criminal descarga final de acordes que parecía que tuviera cien manos, parecía que el piano fuera a estallar de un momento a otro. En aquel silencio descabellado, Novecento se levantó, cogió mi cigarrillo, se inclinó un poco hacia delante, por encima del teclado, y lo acercó a las cuerdas del piano.

Un ligero chisporroteo.

Lo sacó fuera, y estaba encendido.

Lo juro.

Bien encendido:

Novecento lo sostenía en la mano como si fuera una pequeña vela. No fumaba, y tampoco sabía tenerlo entre los dedos. Dio unos pasos y llegó ante Jelly Roll Morton. Le tendió el cigarrillo.

«Fúmatelo tú. Yo no sé.»

Fue en ese momento cuando la gente se despertó del hechizo. Se desató una apoteosis de gritos y aplausos y barullo, no sé, nunca se había visto nada parecido, todos gritaban, todos querían tocar a Novecento, era un follón generalizado, no se entendía un carajo. Pero yo vi, allí en el medio, a Jelly Roll Morton fumando nerviosamente aquel maldito cigarrillo, sin saber qué cara poner, y sin encontrarla, no sabía ni siquiera hacia dónde mirar, en un momento dado su mano de mariposa se puso a temblar, temblaba de verdad, y yo la vi, y nunca lo olvidaré, temblaba tanto que en un momento determinado la ceniza del cigarrillo se desprendió y cayó, primero sobre su hermoso traje negro y luego, resbalando, hasta su zapato derecho, un zapato negro de charol, brillante, miró aquella ceniza como una nubecilla blanca, él lo miró, lo recuerdo perfectamente, miró el zapato, el charol y la ceniza y comprendió, lo que había que comprender lo comprendió, volvió sobre sí mismo y, caminando lentamente, paso a paso, tan despacio que no se movía la ceniza de aquel sitio, atravesó el gran salón y desapareció, con sus zapatos de charol negro, y sobre uno de ellos una nubecilla blanca, que él se llevaba lejos, y que decía que alguien había vencido, y que no era él.

Jelly Roll Morton pasó el resto del viaje encerrado en su camarote. Al llegar a Southampton, bajó del *Virginian*. Al día siguiente volvió a partir hacia América. En otro barco, sin embargo. No quería saber nada más de Novecento y de todo el resto. Quería regresar y punto.

Desde el puente de tercera clase, apoyado en la amura, Novecento lo vio bajar, con su hermoso traje blanco y todas las maletas, hermosas, de cuero claro. Y me acuerdo que sólo dijo:
«Y a la mierda también el jazz.»

Liverpool Nueva York Liverpool Río de Janeiro Boston Cork Lisboa Santiago de Chile Río de Janeiro Antillas Nueva York Liverpool Boston Liverpool Hamburgo Nueva York Hamburgo Nueva York Génova Florida Río de Janeiro Florida Nueva York Génova Lisboa Río de Janeiro Liverpool Río de Janeiro Liverpool Nueva York Cork Cherburgo Vancouver Cherburgo Cork Boston Liverpool Río de Janeiro Nueva York Liverpool Santiago de Chile Nueva York Liverpool, el océano, justo en el medio. Y fue entonces, en ese momento, cuando se cayó el cuadro.

A mí siempre me ha sorprendido el asunto ese de los cuadros. Están colgados durante años, después, sin que pase nada, pero nada de nada, las, al suelo, se caen. Están ahí, colgados del clavo, nadie les dice nada, pero ellos, en cierto momento, *zas*, se caen al suelo, como piedras. En el silencio más absoluto, con todo inmóvil a su alrededor, ni tan siquiera una mosca que se mueva, y ellos, las. No hay una causa. ¿Por qué precisamente en ese instante? No se sabe. *Zas*. ¿Qué es lo que le ocurre a un clavo para que decida que ya no puede más? ¿Tiene él también un alma, el pobrecillo? ¿Toma decisiones? Habló largamente sobre el tema con el cuadro, estaban indecisos sobre cómo actuar, hablaban de ello todas las noches, desde hacía años, después decidieron una fecha, una hora, un minuto, un instante, ya está, las. O los dos lo sabían ya desde un buen principio, ya estaba todo preparado, mira, yo me largo dentro de siete años, por mí está bien, de acuerdo, pues entonces quedamos para el trece de mayo, vale, hacia las seis, pongamos las seis menos cuarto, de acuerdo, pues buenas noches, hasta entonces. Siete años después, un trece de mayo, a las seis menos cuarto: las. No hay quien lo entienda. Es una de esas cosas que es mejor no pensarlas, porque si no puedes acabar volviéndote loco. Cuando se cae un cuadro. Cuando despiertas una mañana y ya no la amas. Cuando abres el periódico y lees que ha estallado la guerra. Cuando ves un tren y piensas tengo que largarme de aquí. Cuando te miras en el espejo y te das cuenta de que eres viejo. Cuando, en mitad del océano, Novecento levantó la mirada de su plato y me dijo: «En Nueva York, dentro de tres días, bajaré de este barco.»

Me quedé de piedra.

Zas.

A un cuadro no puedes preguntarle nada de nada. Pero a Novecento sí. Lo dejé tranquilo durante un tiempo, después empecé a atosigarlo, quería comprender por qué, tenía que haber alguna razón, uno no se está treinta y dos años en un barco y luego, de repente, se baja del mismo, como si nada hubiera pasado, sin decirle por qué ni siquiera a su mejor amigo, sin decide nada.

«Tengo que ver algo allí abajo», me dijo.

«¿Qué?» No quería decir qué, y resulta comprensible porque, cuando al final lo dijo, lo que dijo fue:

«El mar.»

«¿El mar?»

«El mar.»

Ya ves tú. Podías pensar en cualquier cosa, pero nunca en eso. No quería creérmelo, parecía una auténtica tornadura de pelo. No quería creérmelo. Era la gilipollez del siglo.

«Hace treinta y dos años que estás viendo el mar, Novecento.»

«Desde aquí. Yo quiero verlo desde allí. No es lo mismo.»

Por Dios. Me parecía estar hablando con un crío.

«De acuerdo, espera a estar en el puerto, te asomas y miras todo lo que quieras. Es lo mismo.»

«No es lo mismo.»

«¿Y quién te lo ha dicho?»

Se lo había dicho uno que se llamaba Baster, Lynn Baster. Un campesino. Uno de esos que vive durante cuarenta años trabajando como un burro y lo único que ha visto es su campo, y una o dos veces, la gran ciudad, unas leguas más allá, el día de feria. Pero lo que a él le había pasado era que la sequía se lo había quitado todo, la mujer se había fugado con un predicador de vete tú a saber qué, y a sus hijos se los habían llevado unas fiebres, a los dos. En fin, uno que nació estrellado. De manera que un día recogió sus cosas, y recorrió toda Inglaterra a pie, para ir a Londres. Pero, teniendo en cuenta que no entendía mucho de caminos, en vez de llegar a Londres acabó en un pueblecito insignificante, aunque, no obstante, si seguías por aquel camino, girabas un par de veces, y rodeabas una colina, al final, de repente, veías el mar. Nunca lo había visto, se quedó pasmado. Lo había redimido, si hay que creer en lo que decía. Decía: «Es como un grito gigantesco, que grita y grita, y lo que grita es "¡Pandilla de cabrones, la vida es algo inmenso!, ¿queréis enteraras o no? Inmenso".» Lynn Baster no había pensado nunca aquello. Nunca se le había ocurrido pensado. Fue como una revolución en su cabeza.

Quizás es que a Novecento... tampoco se le había pasado por la cabeza todo aquello, que la vida es inmensa. A lo mejor incluso lo sospechaba, pero nadie se lo había gritado de aquella manera. Así que se hizo contar mil veces, por aquel Baster, la historia del mar y todo lo demás, y al final decidió que él también tenía que experimentarlo. Cuando se puso a explicármelo, tenía el aspecto de alguien que te explica cómo funciona el motor de explosión: era científico.

«Puedo permanecer años aquí arriba, pero el mar no me dirá nunca nada. Ahora yo me bajo, vivo en la tierra y de la tierra durante años, me convierto en alguien normal, luego, un día, me marchó, llego a una costa cualquiera, levanto la vista y miro al mar: y allí lo oiré gritar.»

Científico. A mí me parecía la gilipollez científica del siglo. Podía decírselo, pero no se lo dije. No era tan sencillo. El hecho es que yo quería a Novecento, y quería que un día u otro bajara, que tocara para la gente de tierra, y se casara con una mujer simpática, que tuviera hijos y, en fin, todas las cosas de la vida, que a lo mejor no es inmensa, pero que es hermosa, basta con tener un poco de fortuna y de ganas. En fin, la historia esa del mar me parecía una verdadera chorrada, pero si servía para hacer bajar de allí a Novecento, por mí estaba bien. Así que, al final, pensé que eso sería lo mejor. Le dije que su razonamiento era impecable. Y que estaba contento, de verdad. Y que le regalaría mi abrigo de pelo de camello, que sería todo un espectáculo verlo bajar por la escalerilla, con el abrigo de pelo de camello. A él se le veía hasta un poco emocionado:

«Pero vendrás a visitarme, ¿verdad?, cuando esté en tierra...»

¡Dios mío!, sentía una piedra aquí, en la garganta, era algo parecido a una piedra, si seguía por aquel camino iba a matarme, detesto las despedidas, me puse a reír tan fuerte como pude, algo penoso, y dije que claro que iría a verlo, y que sacaríamos a su perro a corretear por el campo, y que su mujer cocinaría pavo para nosotros, y no sé qué otras idioteces, y él se reía, y yo también, pero por dentro ambos sabíamos que la verdad era otra, la verdad era que todo estaba a punto de acabar, y no había nada que hacer, tenía que ocurrir y estaba ocurriendo en ese momento: Danny Boodmann T. D. Lemon Novecento bajaría del *Virginian* en el puerto de Nueva York, un día de febrero. Después de treinta y dos años de vivir en el mar, bajaría a tierra, para ver el mar.

(Empieza una música tipo vieja balada. El actor desaparece en la oscuridad, después reaparece en el papel de Novecento en la parte de arriba de una escalerilla de barco de vapor. Abrigo de pelo de camello, sombrero, una gran maleta. Permanece unos instantes ahí, al viento, inmóvil, mirando hacia delante. Mira Nueva York, después baja el primer escalón, el segundo, el tercero. En ese momento la música se interrumpe de repente, Novecento se queda clavado. El actor se quita el sombrero y se da la vuelta hacia el público)

Fue en el tercer escalón cuando se paró. De golpe.

«¿Qué pasa? ¿Has pisado mierda?», dijo Neil O'Connor, que era un irlandés que nunca comprendía un pepino, pero no había forma de hacerle perder el buen humor.

«Habr  olvidado algo», dije.

« Qu ?»

«Y yo qué s ...»

«Quizá se ha olvidado de por qué está bajando. »

«No digas chorradas.»

Y, mientras tanto, seguí all , quieto, con un pie en el segundo escalón y el otro sobre el tercero. Permaneció así durante un tiempo eterno. Miraba hacia delante, parecía que buscara algo. Y, finalmente, hizo algo raro. Se quitó el sombrero, sacó la mano por encima de la barandilla y lo dej  caer. Parecía un pájaro cansado, o una tortilla azul, con alas. Dio un par de curvas en el aire y cayó al mar. Flotaba. Evidentemente, era un pájaro, no una tortilla. Cuando levantamos la vista hacia la escalerilla, vimos a Novecento, enfundado en su abrigo de pelo de camello, en mi abrigo de pelo de camello, que volvía a subir aquellos dos escalones, de espaldas al mundo y con una extraña sonrisa en la cara. Dos pasos, y desapareció dentro del barco.

«  Has visto? Dicen que ha llegado el nuevo pianista», dijo Neil O' Connor.

«Dicen que es el más grande», dije yo. Y no sabía si estaba triste o loco de contento.

Lo que vi  desde aquel maldito tercer escalón nunca quiso decírmelo. Ese día, y en los dos viajes que hicimos después, Novecento estuvo un poco raro, hablaba menos de lo habitual, y parecía muy ocupado en alguno de sus asuntos personales. Nosotros no le hacíamos preguntas.  l actuaba como si nada hubiera pasado. Era evidente que algo iba mal, pero no teníamos ganas de hacerle preguntas. Y así siguió durante unos meses. Después, un día Novecento entró en mi camarote y, lentamente, pero de un tirón, sin pararse, me dijo: «Gracias por el abrigo, me sentaba de maravilla, fue una lástima, habría sido todo un espectáculo, pero ahora todo va mucho mejor, ya se me ha pasado, no tienes que pensar que soy infeliz: ya nunca más lo será.»

En realidad, yo no estaba seguro de que alguna vez se hubiera sentido infeliz. No era de esas personas sobre las que te preguntas si es feliz o no.  l era Novecento, y punto. No se te pasaba por la cabeza pensar que tuviera algo que ver con la felicidad, o el dolor. Parecía más allá de todo, parecía intocable. Su música y él: lo demás no importaba.

«No tienes que pensar que soy infeliz: ya nunca más lo será.» Aquella frase me dej  de piedra. Cuando la dijo, tenía cara de no estar bromeando. Cara de saber muy bien hacia dónde se dirigía. Y de que llegaría. Era como cuando se sentaba al piano y empezaba a tocar, no había dudas en sus manos, y las teclas parecían haber estado esperando aquellas notas desde siempre, parecían haber acabado all  para ellas, y sólo para ellas. Parecía que estuviera invent ndolas en aquel preciso instante: pero en alguna parte, en su cabeza, aquellas notas estaban escritas desde siempre.

Ahora s  que Novecento había decidido sentarse ante las teclas blancas y negras de su vida y empezar a tocar una música absurda y genial, complicada pero hermosa, la más grande de todas. Y que, con aquella música, bailar a los años que le quedaran. Y que nunca más sería infeliz.

Del *Virginian* me baj  el veintiuno de agosto de 1933. Me había embarcado seis años antes. Pero me parecía que había pasado toda una vida. No baj  para un día o para una semana: me baj  para siempre. Con los documentos de desembarco, y los atrasos cobrados, y todo lo demás. Todo en regla. El océano y yo habíamos terminado.

No es que aquella vida no me gustara. Era una manera extraña de hacer cuadrar los números, pero funcionaba. Lo que pasaba es que no conseguía imaginarme que aquello pudiera seguir así para siempre. Si haces de marinero, entonces es diferente: el mar es tu lugar, puedes permanecer all  hasta reventar y no pasa nada. Pero alguien que toca la trompeta... Si tocas la trompeta, en el mar eres un extranjero y siempre lo serás. Antes o después, es justo que vuelvas a casa. Mejor antes, me dije.

«Mejor antes», le dije a Novecento. Y él lo entendió. Se veía que no tenía ningunas ganas de verme bajar por aquella escalerilla, pero decírmelo, nunca me lo dijo. Y era mejor así. La última noche estábamos tocando allí para los típicos imbéciles de primera clase, llegó el momento de mi solo, empecé a tocar y a las pocas notas oí el piano que me acompañaba, como un susurro, con dulzura, pero tocaba conmigo. Continuamos juntos, y yo tocaba lo mejor que sabía, vamos, que no era Louis Armstrong, pero tocaba francamente bien, con Novecento detrás de mí, siguiéndome a donde fuera, como él sabía hacer. Nos dejaron continuar durante un rato, a mi trompeta y a su piano, por última vez, diciéndonos allí todas las cosas que no pueden ser dichas con palabras. A nuestro alrededor, la gente seguía bailando, no se había dado cuenta de nada, no podía darse cuenta, seguían bailando, como si nada ocurriera. Como mucho, quizás alguien le dijera a otro: «Mira a ese de la trompeta: qué gracioso, estará borracho, o está loco. Mira a ese de la trompeta: mientras toca, llora.»

Cómo me fueron las cosas después, tras haber bajado de allí, eso es otra historia. Quizás habría logrado hacer algo de provecho si, por si fuera poco, no se hubiera metido de por medio aquella maldita guerra. Eso lo complicó todo, ya no se entendía nada de nada. Era necesario tener un gran cerebro para no perder el norte. Era necesario tener cualidades que yo no tenía. Yo sabía tocar la trompeta. Es sorprendente lo inútil que resulta tocar la trompeta cuando hay una guerra alrededor. Y encima. Que no te suelta.

De todos modos, no supe nada más ni del *Virginian* ni de Novecento durante años. No es que me hubiera olvidado, seguí acordándome de ellos siempre, solía preguntarme a menudo: «Quién sabe lo que haría Novecento si estuviera aquí, quién sabe qué diría, "A la mierda la guerra", diría», pero si era yo quien lo decía, no era lo mismo. Me iban tan mal las cosas que de vez en cuando cerraba los ojos y volvía al barco, a tercera clase, a escuchar a los emigrantes que cantaban ópera y a Novecento tocando quién sabe qué música, sus manos, su cara, el océano alrededor. Iba tirando a base de fantasía y de recuerdos, y es lo que único, que puedes hacer, a veces, para salvarte, no hay nada más. Un truco de pobres, pero que siempre funciona.

En fin, aquella era una historia acabada. Que parecía verdaderamente acabada. Luego, un día me llegó una carta, me la había escrito Neil O'Connor, aquel irlandés que no paraba de bromear. Sin embargo, aquella vez era una carta seria. Decía que el *Virginian* había acabado destrozado durante la guerra, lo habían utilizado como hospital flotante, y al final había acabado en tal estado que habían decidido hundirlo. Habían hecho desembarcar en Plymouth a la escasa tripulación restante, lo habían llenado de dinamita y, antes o después, lo llevarían mar adentro para terminar con aquel asunto. Bum, y se acabó. Después había una posdata que decía: «¿Tienes cien dólares? Te juro que te los devolveré.» Y, más abajo, otra posdata que decía: «Novecento no se ha bajado.» Sólo eso: «Novecento no se ha bajado.»

No dejé de darle vueltas a esa carta en mis manos durante días. Después cogí el tren que iba a Plymouth, fui hasta el puerto, busqué el *Virginian*, lo encontré, les di un poco de dinero a los vigilantes que había allí, subí al barco, lo recorrí de cabo a rabo, bajé a la sala de máquinas, me senté sobre una caja que tenía toda la pinta de estar llena de dinamita, me quité el sombrero, lo dejé en el suelo, y permanecí allí, en silencio, sin saber qué decir /

... Allí quieto, mirándolo; allí quieto, mirándome /

Dinamita también debajo de su culo, dinamita por todas partes /

Danny Boodmann T. D. Lemon Novecento /

Seguro que ustedes se dirán que él sabía que yo iba a ir, como sabía siempre las notas que iban a tocar y... /

Con aquel rostro envejecido, pero de un modo hermoso, sin cansancio /

Ninguna luz en el barco, sólo la que se filtraba desde el exterior, quién sabe cómo sería la noche /

Las manos blancas, la chaqueta bien abrochada, los zapatos relucientes /

No se había bajado /

Ese mundo encima que ni siquiera sabes dónde acaba /

Y cuánto hay /

¿No tenéis miedo de acabar destrozados sólo con pensar en esa enormidad, sólo con pensar en ella? Y para vivirla... /

Yo nací en este barco. Y por aquí pasaba el mundo, pero a razón de dos mil personas cada vez. Y aquí había también deseos, pero no más de los que caben entre una proa y una popa. Tocabas tu felicidad sobre un teclado que no era infinito.

Así lo aprendí yo. La tierra es un barco demasiado grande para mí. Es un viaje demasiado largo. Es una mujer demasiado hermosa. Es un perfume demasiado intenso. Es una música que no sé tocar. Perdonadme. Pero no voy a bajar. Dejadme volver atrás.

Por favor /

/

/

/

/

/

Ahora intenta comprenderme, hermano. Intenta comprenderme, si puedes /

Todo ese mundo en mis ojos /

Terrible, pero hermoso /

Demasiado hermoso /

Y el miedo que me hacía retroceder /

El barco, de nuevo y para siempre /

Pequeño barco /

Ese mundo en los ojos, todas las noches, de nuevo /

Fantasmas /

Podrías morir si los dejaras actuar /

Las ganas de descender /

El miedo a hacerlo /

Así te vuelves loco /

Loco /

Tienes que hacer algo, y yo ya lo he hecho /

Primero lo imaginé /

Después lo hice /

Cada día, durante años /

Doce años /

Millones de momentos /

Un gesto invisible y lentísimo /

Yo, que no fui capaz de bajar de este barco, para salvarme me bajé de mi vida. Escalón a escalón. Y cada escalón era un deseo. A cada nuevo paso, un deseo al que decía adiós.

No estoy loco, hermano. No estamos locos cuando hemos encontrado el sistema para salvarnos. Somos astutos como animales hambrientos. La locura no tiene nada que ver. Eso es el genio. Es la geometría. Perfección. Los deseos estaban destrozándome el alma. Podía vivirlos, pero no lo conseguí.

Así que entonces los *conjuré*.

Y uno a uno los fui dejando detrás de mí. Geometría. Un trabajo perfecto. A todas las mujeres del mundo las conjuré tocando una noche entera para *una* mujer, *una*, la piel transparente, las manos sin joyas, las piernas delgadas, movía la cabeza al compás de mi música, sin una sonrisa, sin bajar la mirada, nunca, una noche entera, cuando se levantó no fue ella la que salió de mi vida, fueron todas las mujeres del mundo. Al padre que nunca voy a ser lo conjuré contemplando morir a un niño, durante días, sentado a su lado, sin perderme nada de aquel terrible espectáculo her-

mosísimo, quería ser la última cosa que viera en este mundo, cuando se marchó, mirándome a los ojos, no fue él quien se marchó, fueron todos los hijos que nunca tendré. La tierra que era mi tierra, en algún rincón del mundo, la conjuré escuchando cantar a un hombre que venía del norte, y cuando lo escuchabas, veías, veías el valle, las montañas que lo rodeaban, el río que descendía lentamente, la nieve de invierno, los lobos por la noche, cuando aquel hombre acabó de cantar, acabó mi tierra, para siempre, dondequiera que se encuentre. Los amigos que deseé los conjuré tocando contigo y para ti aquella noche, en la cara que ponías, en los ojos, los vi, a todos ellos, a mis queridos amigos, cuando te marchaste, se fueron contigo. Dije adiós a la maravilla cuando vi los descomunales icebergs del mar del Norte desmoronarse derrotados por el calor, dije adiós al milagro cuando vi reír a los hombres que la guerra había destrozado, dije adiós a la rabia cuando vi llenar este barco de dinamita, dije adiós a la música, a mi música, el día que conseguí tocada toda en una sola nota de un instante, y he dicho adiós a la alegría, conjurándola, cuando te he visto entrar aquí. No es locura, hermano. Geometría. Es un trabajo de cincel. He desmontado la infelicidad. He desenhebrado mi vida de mis deseos. Si pudieras recorrer mi camino, los encontrarías uno tras otro, conjurados, inmóviles, detenidos para siempre señalando la ruta de este extraño viaje que a nadie nunca conté, salvo a ti /

/

/

(Novecento se aleja hacia los bastidores)

/

/

/

(Se detiene, se da la vuelta)

Ya me estoy viendo la escena, cuando llegue allí arriba, ese tipo busca mi nombre en la lista y no lo encuentra.

«¿Cómo ha dicho que se llama?»

«Novecento.»

«Nosjinskij, Notarbartolo, Novalis, Nozza...»

«Es que nací en un barco.»

«¿Cómo dice?»

«Nací en un barco y allí mismo fallecí, no sé si eso le constará...»

«¿Naufragio?»

«No. Explosión. Seis quintales y medio de dinamita. Bum.»

«Ah. ¿Y qué tal se encuentra ahora?»

«Bien, muy bien..., bueno..., sólo está el asunto éste del brazo..., se ha extraviado un brazo..., pero me han asegurado...»

«¿Falta un brazo?»

«Sí. Ya sabe, con la explosión...»

«Tendría que haber un par por allí..., ¿cuál le falta?»

«El izquierdo.»

«Vaya por Dios.»

«¿Qué pasa?»

«Me temo que sólo nos quedan dos derechos, ¿sabe?»

«¿Dos brazos derechos?»

«Pues sí. En ese caso, ¿a usted no le importaría...»

«¿Qué?»

«Pues eso, si se quedaría con un brazo derecho...»

«¿Un brazo derecho en lugar de uno izquierdo?»

«Eso mismo.»

«Pues... no, en la práctica... mejor uno derecho que nada...»

«Es lo mismo que pienso yo. Espere un momento, que voy a buscárselo.»

«En todo caso, ya me pasaré por aquí dentro de unos días, a ver si le ha llegado algún izquierdo...»

«Oiga, tengo uno blanco y otro negro...»

«No, no, del mismo color..., no es que tenga nada contra los negros, ¿eh?, es sólo una cuestión de...»

Qué mala pata. Toda la eternidad, en el Paraíso, con dos manos derechas. *(Con voz nasal)* ¡Y ahora nos hacemos la señal de la cruz! *(Intenta hacerla pero se atasca. Se mira las manos)* Nunca sabes cuál usar. *(Vacila un instante, luego se hace una veloz señal de la cruz con las dos manos)* Toda la eternidad, millones de años, como un papanatas. *(Vuelve a hacerse la señal de la cruz con las dos manos)* Un infierno. En el Paraíso. No tiene gracia. *(Se da la vuelta, va hacia los bastidores, se detiene a un paso de salir, se vuelve de nuevo hacia el público: le brillan los ojos)*

Claro que... no veas qué música... con esas manos, dos, derechas..., basta con que haya un piano...

(Vuelve a ponerse serio)

Es dinamita lo que tienes debajo del culo, hermano. Levántate y vete. Se acabó. En serio: esta vez se acabó.

(Sale)

FIN